

mallay qampa sutiyki qallaykusaq" («Madre Coca, avísame, por favor, si va a salir bien o mal este rito. Madre, en tu nombre voy a empezar»). El *qatipay* se lleva a cabo tanto para indagar por hechos simples, como el signo positivo o negativo de un día, y en cuyo caso sólo se usa una hoja, como para averiguar acerca de situaciones actuales o futuras más complejas.

Las propiedades medicinales de la coca, no sabemos hasta qué punto conocidas por los antiguos médicos peruanos e investigadas y definidas por científicos nacionales y extranjeros desde la época colonial, son múltiples. Son conocidos sus efectos estimulante, antifatigante, anestésico, de alivio del mal de altura y de control del hambre. Su condición de anestésico, por ejemplo, fue señalada en el mundo occidental por Sigmund Freud, quien canalizó su empleo en la cirugía oftálmica por médicos conocidos suyos; pero es muy probable que este hecho fuera conocido por los herbolarios y médicos prehispanicos que aplicaron la coca en sus curaciones y casi con seguridad en las trepanaciones, aunque no existe mucha información al respecto. En la actualidad, está muy difundida entre los no coqueros la utilización de la infusión de las hojas de coca para combatir el mal de altura o en gargarismos que alivian el dolor de garganta.

El tráfico de cocaína y otros derivados de la coca ha precipitado sobre esta planta ancestral todo el furor de una sociedad acosada y amenazada de destrucción. Es como si viviéramos un nuevo episodio de «extirpación de idolatrías», con la participación de una cultura foránea a la cual no le interesa comprender el grado de arraigo ni la función de la coca en la cultura andina, ni la magnitud y complejidad del problema creado por sus hábitos de consumo. La «eliminación total» del cultivo de coca no puede ser el objetivo de la lucha contra el narcotráfico, porque de ese modo se golpea inútilmente una de las bases celosamente conservadas de una cultura ya muy golpeada y se actúa contra las cualidades positivas de la hoja de coca reconocidas durante siglos. Se equivoca el objetivo, por comodidad o ignorancia; el convenio antidrogas, al igual que cualquier otro acuerdo de este tipo, debe privilegiar el control y persecución del tráfico de insumos químicos y el progreso y desarrollo adecuado de las zonas donde la coca se cultiva.

Ana María Gazzolo

Carta de Venezuela

Mujer, cultura, gases lacrimógenos

A lo largo de mes y medio, en las salas del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), en Caracas, y copatrocinado por el Consejo Nacional de la Cultura (CONAC) y la editorial Monte Ávila, se celebró el coloquio que, con el título de «La mujer en la cultura», reunió a una veintena de conferenciantes agrupados en seis mesas. El despliegue semanal de los foros, muy concurridos al principio, con medias de 100-200 personas de asistencia, probablemente redujo el potencial interés de la convocatoria, cuyas últimas sesiones no movilizaron a más de medio centenar de participantes. Su dispersión temporal impidió también esos encuentros de pasillo que, con frecuencia, constituyen lo mejor o más sustancioso de este tipo de eventos.

Ante un lema como el de «La mujer en la cultura», es prácticamente inevitable recordar lo que escribía Hans Mayer al final de su *Historia maldita de la literatura*: «La excitada propaganda que proclama un *Año de la Mujer* presupone en el fondo que todos los demás años son años del hombre» (p. 415). En efecto, ¿no? De hecho, alguien del público llegó a proponer la celebración de un coloquio simétrico sobre «El hombre en la cultura», pero me temo que no fue tomado en serio.

De todos modos, mujer y cultura tenemos entre manos, y no es tampoco despreciable reunirse a discutir

sobre el tema o, más bien, el abanico de temas que el asunto implica. En Caracas, curiosamente, el psicoanálisis, la literatura y la Edad Media ocuparon la mitad de los foros, algo desproporcionadamente, inclinando la exploración del binomio mujer-cultura hacia el pasado —arquetípico incluido—. ¿Cuántas veces se habló del comentario rabínico al *Génesis* —Lilith y las otras dos Evas— de los arquetipos Deméter-Koré-Hécate, del complejo de castración —que sí sí, que sí no—, del ánimo, de la disyuntiva cristiana entre Eva y María...? Lo cual no deja de interesar, pero también distrae de un hoy y un aquí cuyas urgencias, se supone, son las que hacían necesario un coloquio como éste. En tal sentido, revisiones de la literatura psicoanalítica y de la crisis del feminismo como la realizada por Gioconda Espina («Psicoanálisis y subordinación femenina»), actualizando el problema en términos de *¿qué hacer ahora?*, resultaron mucho más pertinentes que otras ponencias estancadas en el detallamiento de una opresión histórica o de unos mitos profundos.

Literatura (narrativa y poesía), filosofía, artes plásticas acercaron el tema al país y al momento, verificándose un protagonismo creciente de las mujeres en el ámbito de la creación artística, así como un relativo cambio de los contenidos. Por aquí faltaron el teatro, el cine, la danza, que hubieran podido propiciar conclusiones semejantes. Pero, desgraciadamente y con excepciones, el abordaje de lo venezolano pecó de generalidad y superficialidad cuando se trataba de descender (¿no será ascender?) a lo concreto: la vida de la mujer durante la Conquista y la Colonia; mujer y telenovela (sus autoras, sus personajes, su público); las cantantes en la música popular del Caribe donde, excepcionalmente, las consideraciones se abrieron a una vertiente latinoamericana.

Criticar las carencias parciales del coloquio no es en absoluto descalificarlo. Se habló también de la salud, de la violencia, del imaginario rural, vertientes que habría que desarrollar en un país de madres-cabezas de familia, con una crisis del sistema sanitario público que mantiene en casi constante parálisis a los hospitales y desatendidas las áreas campesinas en las que reina —pero igualmente en las ciudades— todo tipo de creencias mágico-curativas. Esto forma parte de la cultura, al menos tanto como el complejo de Edipo y el *Malleus*

maleficarum, el personaje de *Doña Bárbara*, el bolero o la poesía provenzal y su amor cortés.

¿Y el feminismo, por cierto? Porque, al cabo, del feminismo se habló poco, demasiado poco, y del feminismo venezolano prácticamente nada. Aparte de la ya mencionada ponencia de Gioconda Espina, el tema se dejó en manos de Juan Nuño, el provocador por excelencia de la Venezuela actual —nuestro Savater, si se quiere—, quien lo despachó, con su brillante ironía habitual, en unas cuantas frases o estocadas.

En resumen, del coloquio ha quedado la sentida necesidad de organizar otro, otros; de seguir investigando y discutiendo. Y quedará, para su consideración más reposada, un libro con las ponencias que publicará Monte Ávila este año.

★

Si la cita caraqueña tuvo un entorno pacífico, la de Mérida resultó conmocionada por los choques entre estudiantes y policías que, en los últimos meses, se extendieron a casi todo el país. Universitarios y liceístas (secundaria) han coincidido en una serie de protestas ante los recortes presupuestarios a la educación, la eventual «privatización» de las universidades, el desastroso estado de los centros de enseñanza media, la represión. A su vez, cada protesta ha agregado un nuevo eslabón represivo: centenares de detenidos, decenas de heridos, varios muertos. En ese marco —aire saturado de gases lacrimógenos, disparos (balas y perdigones), correcorres— se celebró la I Biental Nacional de Literatura Mariano Pícion Salas, convocando a un centenar de escritores venezolanos al que se agregaron algunos invitados extranjeros (Fernando Arbeláez y Rafael Humberto Moreno-Durán, de Colombia; Juan Villoro, Adolfo Castañón, Hernán Lara y Alejandro Rossi, por México). Este encuentro prolonga una serie inusitada en la no por universitaria menos provinciana Mérida, que ya tuvo su I Biental de Artes Plásticas en 1990 y ha visto celebrarse también en 1991 la I Biental de Teatro. Si cabe preguntarse siempre el fruto concreto de estos despliegues, ante los que es pertinente sugerir la inversión en más modestas pero duraderas escuelas de plástica o teatro, así como se discute actualmente la fundación en Mérida de la prometida por decenios Escuela Nacional de Cine, también es

verdad que una ciudad excluida sistemáticamente del trayecto de las exposiciones y los estrenos teatrales que recorren otras capitales del país no va precisamente a quejarse por el regalo. Con que recogieran la basura de las calles, llegara el agua a los edificios, funcionaran los teléfonos —e instalaran los nuevos: yo espero el mío desde hace tres años— y algunas minucias más, uno podría casi ser feliz.

Mérida, pues, y cien escritores. Los foros, en este caso, trataron sobre «la década violenta» de los años sesenta, la poesía de los ochenta, la crítica literaria en el país, la novela latinoamericana actual, la obra de Mariano Picón Salas y lo que se llamó «el caso Venezuela». La nostalgia por los sesenta alternó con la crítica —autocrítica a veces— a una lucha armada voluntarista y al cabo derrotada, que al parecer no cambió en nada el panorama sociopolítico, mientras que muchos escritores subordinaron su creatividad al elogio indiscriminado de lo que se vivió, ilusoriamente, como gesta. En cambio, la poesía de los ochenta, expresada en textos breves, coloquiales, intimistas, cotidianos, daba la espalda a los contenidos políticos o bien buscaba su camino propio para, a partir precisamente de los fragmentos, construir un discurso nuevo, ya no totalizante, más incierto o, si se quiere, humilde. En cuanto a la crítica literaria, se repitió un desgarramiento de vestiduras cuya ritualidad me resulta particularmente asombrosa: cada vez que los críticos se reúnen, niegan la existencia de la crítica misma... Por su parte, los novelistas suelen ser optimistas y esta vez también lo fueron: apagados los fuegos del *boom*, la narrativa latinoamericana resurge cual nuevo fénix, dominada en gran parte por lo que se ha llamado —desacertadamente, según varios— «novela histórica». Pero también prosiguen los ecos de aquella «novela del

desarraigo», inaugurada quizá por el Cortázar de *Rayuela*, y se ha impuesto como materia, ingrediente y hasta tema, cierta nostalgia encarnada en la revalorización del bolero, el son, las rancheras y los corridos mexicanos, etcétera.

¿Y «el caso Venezuela»? Cuando, apenas a 300 metros del hotel sede de la Bienal, ardían neumáticos en las calles, corrían los estudiantes, sonaba el estampido de los lacrimógenos y se desplegaban los cuerpos policiales y parapoliciales, el diagnóstico no podía sino inclinarse al pesimismo. ¿No ha denunciado el mismo don Arturo Uslar Pietri el peligro de un golpe de Estado, desatando en la prensa el coro de desmentidos oficiales pero también la solidaridad de otras voces seriamente preocupadas? *

Inevitablemente, la distribución de los premios de los diversos concursos de la Bienal, que en sus múltiples renglones (ensayo, poesía, libro de cuentos, novela, cuento policial, cuento fantástico, cuento breve, literatura infantil) movilizó a 600 escritores, con galardones que por sus sumas superaban la media habitual en el país, así como el lanzamiento de 15 libros, el segundo Encuentro de Revistas Culturales, la Feria del Libro de Monte Ávila y otros tantos acontecimientos paralelos, se vieron opacados por esas nubes de gases lacrimógenos que se convertían, además, en ominosa metáfora. Aunque a los salones del hotel no llegara ni su olor. Allí donde los escritores estábamos reunidos.

Julio E. Miranda

* Escrito antes del intento de golpe de Estado de febrero de 1992.
(Redacción).

